

La Decadencia Intelectual y Económica de las Profesiones Liberales. (Por Harold J. Lasky, profesor de la Universidad de Londres)

Desde la revolución industrial los abogados y médicos han sido los profesionales por excelencia, y junto con el clero se les concedió, por común consentimiento, una preeminencia social. Quizá sean pocos los que hayan logrado grandes ventajas pecuniarias; pero en compensación han gozado de una situación con la cual sólo podrían rivalizar los hombres de Estado, unos pocos industriales, comerciantes destacados y los sobrevivientes de

las aristocracias. El derecho ha sido una de las carreras más altamente conceptuadas y los médicos han gozado de una distinguida posición social, por lo menos desde el reinado de Jorge II. En los Estados Unidos—como lo hacía notar Tocqueville—el abogado ha tenido siempre un lugar aparte; y el médico ha superado a todos los otros tipos sociales como personificación de las virtudes públicas.

Ha sido inherente a este

reconocimiento el sentido de que ellos existen para ofrecer un servicio público por métodos no accesibles a los hombres de negocios. Tienen un código especial de conducta o de ética. Contraen libremente la obligación de investigar determinados problemas considerando las conveniencias comunes. Están eximidos de ciertos hábitos y obligaciones que el mundo impone o acepta para los industriales o comerciantes en razón de que el primordia-

objetivo de estos últimos son las ganancias personales. La tradición nos dice que el derecho y la medicina son vocaciones en las cuales el servicio público es más vital que el derecho privado.

La profesión, una mercancía más.

La organización individual de estas profesiones es ahora fatal para el logro de su función. No pueden dar lo mejor de sí mismas a una civilización en la cual desempeñan un papel en la medida en que sus miembros ofrecen sus servicios por un salario. En un mundo organizado como el nuestro, el resultado es que sólo un hombre excepcional puede dar lo mejor a una comunidad que necesita lo mejor. Un mundo en el cual la habilidad del abogado es comprada en el mercado como cualquier otra mercancía, es un mundo en el cual el derecho nada tiene que ver con la justicia sino con la satisfacción del cliente. Un mundo en el cual, por lo menos predominante y generalmente el médico compete en el mercado con sus colegas en la consecución de pacientes, es un mundo en el cual ni la capacidad ni el conocimiento son las bases primordiales de su éxito.

El prestigio moral, el valor intelectual y la remuneración económica de las profesiones liberales, han descendido dolorosamente. Sus intereses están relacionados a las clases sociales que sirven. El bienestar público es cosa alejada de los horizontes de su actividad. Se hacen demasiado ricos. Sus hábitos de vida dependen de la habilidad para conservar sus clien-

tes. Desempeñan en los modernos negocios precisamente el mismo papel que los soldados mercenarios antes del advenimiento de los ejércitos nacionales. Su recompensa es un resultado de su éxito y éste es incompatible, por lo general, con las conveniencias públicas. En particular, esta es la caracterización que puede hacerse de los abogados.

Falta de seguridad.

Los problemas de la profesión médica son de diferente condición. Su éxito depende sólo parcialmente de la capacidad científica. Las maneras personales del médico, sus opiniones políticas, su credo religioso, las condiciones de sociabilidad de su esposa, su habilidad para jugar al golf o al «bridge», cualquiera o todos éstos, pueden ser los términos de la ecuación que aquél tiene que resolver. Puede fracasar en el progreso de su carrera si no es suficientemente atento con una acaudalada neurasténica. En sus tareas comunes carece de una cosa que es esencial para la preservación del temple científico: la seguridad.

Hasta que llega esta seguridad—si es que llega—las cosas a las cuales tiene que rendir acatamiento o prestar atención, son todas extrañas a la técnica que posee y al servicio social para el cual se ha preparado.

Nacionalización o sociabilización

La única solución actualmente posible, es organizar estas profesiones como servicios públicos. La profesión legal sería un gran sindicato

bajo el control gubernamental, cuyos miembros trabajarían para el público con arreglo a una remuneración general y previamente establecida.

La acusación que yo he hecho, es, en realidad, contra el sistema de nuestras organizaciones y se extiende no menos categóricamente, a los periodistas, ingenieros y arquitectos. Hay millares de maestros en todos los países obligados por la presión de los privilegios, a subordinar la verdad a las necesidades económicas. Son muy pocos los periodistas que no trabajen para periódicos cuyo principal objetivo son las ganancias, que no se hayan visto alguna vez obligados a sacrificar la verdad de las noticias o de sus opiniones a un punto de vista exigido ya fuera porque se lo pagaban o por el dueño del periódico.

La actual organización económica tiene por regla general el provecho y no hay razón alguna para suponer que las profesiones puedan escapar a ella.

Esto sólo podrá solucionarse en una nueva sociedad en la cual la utilización del conocimiento científico se basa sobre dos principios con arreglo a los cuales deba regirse la vida. En primer lugar, debe desterrarse de sus hábitos el privilegio que se levanta sobre el poder económico y termina por conformar la ciencia a su propia preservación, frustrando los objetivos de ésta. Y debe también, en segundo lugar, organizar todas las profesiones que sean importantes en la vida diaria de la sociedad independientemente del propósito exclusivo de realizar ganancias.

LENIN visto por...

Viene de la pág. 3

der de las masas, entender sus aspiraciones y estudiar detenidamente la experiencia práctica de la lucha de masas.

La fe en las fuerzas creadoras de las masas es la particularidad característica de las actividades de Lenin, que le permitió comprender la espontaneidad de las masas y orientar su movimiento por el cauce de la revolución proletaria.

El genio de la revolución

Lenin nació para la revolución. Era, en verdad, el genio de las explosiones revolucionarias y el más grande maestro de la dirección revolucionaria. Jamás se sentía tan libre y tan radiante como en la época de las convulsiones revolucionarias. Esto no quiere decir que Lenin aprobase por igual cualquier erupción revolucionaria y que siempre en cualquier circunstancia fuese partidario de las explosiones revolucionarias. Nada de eso. Quiero decir con esto que jamás se manifestaba tan precisa y profunda la genial perspicacia de Lenin como durante las convulsiones revolucionarias. En los días de grandes virajes revolucionarios, Lenin florecía literalmente, se hacía clarividente, anticipaba el movimiento de las clases y veía como en la palma de las manos los probables zig-zags de la revolución. No en vano se decía en los círculos del Partido que «Hitch sabe nadar en las olas de la revolución como un pez en el agua».

De aquí proviene la «asombrosa» claridad de sus consignas tácticas y la audacia «vertiginosa» de los planes revolucionarios de Lenin.

Recuerdo dos hechos especialmente característicos que señalan esta particularidad de Lenin.

Primer hecho.—Período anterior a la anterior a la insurrección de octubre, cuando millones de obreros, campesinos y soldados, azotados por la crisis, en la retaguardia y en frente, exigían paz y libertad; cuando el Estado Mayor y la burguesía preparaban la dictadura militar en aras de los intereses de la «guerra hasta el fin»; cuando la llamada «opinión pública» y todos los llamados «partidos socialistas» estaban en contra de los bolcheviques calificándolos desdeñosamente de «espías alemanes»; cuando Kerensky trataba de arrojarlos a la ilegalidad (y, en parte, lo consiguió); cuando todos los ejércitos de la alianza austroalemana, poderosos y disciplinados aún, hacían frente a nuestro ejército cansado y desmoralizado, y los «socialistas» de la Europa occidental se mantenían tranquilamente en bloque con sus gobiernos en nombre de la «guerra hasta el triunfo final»...

¿Qué significaba en aquella situación producir la insurrección? Producir la insurrección, en semejante situación era ponerlo todo en juego. Pero Lenin no temía arriesgar, pues sabía, veía con mirada clarividente, que la insurrección era inevitable,

que la insurrección vencería y que la insurrección en Rusia conmovría las masas extenuadas del Occidente; que la insurrección en Rusia transformaría la guerra imperialista en guerra civil; que la insurrección nos daría la República de los Soviets y que esta República de los Soviets se viraría de baluarte para el movimiento revolucionario en todo el mundo.

Es sabido que esta previsión revolucionaria de Lenin se cumplió más tarde con precisión jamás vista.

Segundo hecho.—Fué en los primeros días después de la Revolución de octubre cuando el Consejo de Comisarios del Pueblo trataba de obligar al general rebelde, comandante en jefe Dujonin, a suspender las operaciones militares y entablar negociaciones con los alemanes para la conclusión de un armisticio. Recuerdo que Lenin, Krilenko (el futuro comandante en jefe) y yo nos dirigimos a Petersburgo, al Estado Mayor, para hablar por el hilo directo con Dujonin. Fueron unos minutos angustiosos. Dujonin y el Cuartel general se negaron categóricamente a ejecutar la orden del Sovnarkom (Consejo de Comisarios del Pueblo). El mando superior del ejército estaba por entero en manos del Cuartel general. En lo que se refiere a los soldados, no se sabía lo que diría el ejército de doce millones de soldados supeditados a las pretendidas organizaciones del ejército, dispuestas contra el poder soviético. Como es sabido, en Petrogrado maduraba entonces la sublevación de los «junker». Además, Kerensky avanzaba contra Petrogrado en tren de guerra. Recuerdo que después de una pausa, el rostro de Lenin se iluminó con luz extraordinaria. Se veía que había tomado ya una decisión.

—Vamos a la estación de la T.S.H.—dijo Lenin—, nos será útil. Con una orden especial relevaremos al general Dujonin, nombraremos como comandante en jefe del ejército a Krilenko y nos dirigiremos a los soldados por encima de la cabeza del mando superior del ejército con un llamamiento: detener a los generales, cesar las operaciones militares, relacionarse con los soldados austroalemanes y tomar el asunto de la paz en nuestras propias manos.

Era un «salto a lo desconocido». Pero Lenin no le temía; por el contrario, iba a su encuentro, pues sabía que el ejército quería la paz y que la conseguiría barriendo en su camino todas las dificultades. Sabía que este medio de afirmar la paz no dejaría de tener consecuencias para los soldados austroalemanes, que provocaría el desmoronamiento de la paz en todos los frentes sin excepción.

Es sabido que esta previsión revolucionaria de Lenin también se cumplió después con toda precisión.

La perspicacia genial, la rápida capacidad de captar y descifrar el sentido interno de los acontecimientos que se aproximaban, es la cualidad que ayudaba a Lenin a trazar la estrategia justa y la línea de conducta clara en los virajes del movimiento revolucionario.

Las sensacionales declaraciones DE STALIN

Continuación de la entrevista celebrada en Moscú entre José Stalin y Roy W. Howard, presidente de la Compañía de Publicaciones Scripps-Howard. Esta entrevista, fué cableografiada de Moscú al «Daily Worker», órgano central del Partido Comunista en los Estados Unidos; de donde la tomamos para ofrecer el primer texto de ella publicada en español.

En el N° anterior expliqué Stalin su punto de vista con respecto a la actitud de la URSS frente a los otros países y a sus relaciones con los EE. UU.

Howard.—Es entendido que el Comunismo no se ha establecido en Rusia. Se ha construido el Socialismo de Estado. ¿Acaso no han conseguido los mismos resultados el facismo en Italia y el Nacional Socialismo en Alemania? ¿No lo han logrado unos y otros por medio de las privaciones y de la libertad personal sacrificadas en beneficio del Estado?

Stalin.—El término «Socialismo de Estado» no es preciso. Bajo este término muchos entienden un orden, bajo el cual una cierta parte de la riqueza, algunas veces una parte considerable, pasa a ser propiedad del Estado o bajo su control, mientras en la mayoría de los casos la propiedad de las plantas, fábricas y tierras permanecen en manos particulares. Así entienden muchos el «Socialismo de Estado». Es el caso que un sistema está oculto bajo este término

dentro del cual el Estado capitalista, interesado en la preparación de una guerra, echa mano de sus poderes y pone bajo su poder un cierto número de empresas privadas.

La sociedad que hemos construido no puede en modo alguno ser llamada «Socialismo de Estado».

Nuestra sociedad soviética es socialista porque la propiedad privada de las fábricas, plantas, tierras, bancos y medios de transporte ha sido abolida en nuestro país y reemplazada por la propiedad pública.

La organización social que nosotros hemos creado puede ser llamada un Soviet, organización socialista que todavía no ha sido completada, pero que en su raíz es una